

La perspectiva del infierno en Juan Rulfo no es simbólica, como la de Dante; ni grotesca, como la de Quevedo. Es una perspectiva cotidiana. Preciado, Páramo, Fulgor, Dorotea o Damiana tienen una visión del mundo-infierno primaria, elemental. Esta, da verosimilitud al viaje. Juan Rulfo no nos conduce a mundos increíbles de fantasía, ornados con metáforas, símbolos, alegorías y representaciones barrocas. El universo mágico lo trae al nivel de la realidad. Los muertos y los vivos —todos están muertos una vez que han llegado a Comala, pero algunos sueñan que están vivos— hablan el lenguaje coloquial de los campesinos de Jalisco.

*Pedro Páramo* se caracteriza como novela hispanoamericana y no europea, porque no hay desesperación, sino fatalismo, heredado del sentir indio. Los europeos crean su infierno cada día —y no sólo literariamente; ahí está la historia como recordatorio—, pero se rebelan contra él; a veces, salen de su espiral, como Dante. El fatalismo indio se deja arrastrar hacia el centro del infierno, con indiferencia y sufrimiento, hasta el quietismo. Juan Preciado llega a aceptar el infierno como algo natural. Lo característico de los indios es una esperanza pasiva. Los indios «esperan», con sus mercancías, pese a la lluvia monótona, persistente, pese a que no vienen compradores. La esperanza pasiva es casi la pura indiferencia. Los indios esperan, pero no esperan. Son tan ingenuos como desengañados. Esta experiencia vital tiñe la historia de Hispanoamérica y la novela de Rulfo. (Esperar lo que de ninguna manera ya se espera y no desesperar.) No es exactamente el senequismo ni el sufismo. El quietismo indio llega hasta el pozo del sufrimiento. El europeo es un viejo, un resentido, que sabe dónde tiene cada una de sus cicatrices. El hispanoamericano es joven; pese a los palos y pedradas, todavía no ha escarmentado. Es un pueblo creador desde el sufrimiento.

Comala, o el infierno, es el lugar de la frustración. Sus habitantes, que están muertos, desean ser lo que no fueron en vida, una posibilidad cerrada, pues el tiempo disponible se ha cumplido. El sueño o el pasado actúan como compensaciones. Pero nadie pasa dos veces por su propia vida, para enmendar sus errores. La vida del hombre es un juego a muerte, sin posibilidad de repetición. Querer ser el que no se es, vano intento de los frustrados. No hay esperanza. Los muertos de Comala se sueñan como vivos. Desean expiar sus pecados, subsanar sus errores. Pero son almas en pena, cuerpos de barro que se desmoronan. Y, sin embargo, no se convierten en nada. (Acabar.) Continúan «desmuriéndose» en el sufrimiento, buscando inútilmente el descanso. (No encontrarán la felicidad mientras razonen y sueñen.)

Juan Preciado parte a la búsqueda del paraíso desde un sentir ingenuo. Como recién llegado a la vida, no entiende de la maldad. Ignora que la vida se petrifica en historia. Ve Comala, al comienzo de su trayectoria hacia el infierno, con los ojos nostálgicos de su madre. Es el paraíso soñado: «Hay allí, pasado el puerto de los Calimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche». Dante es conducido al infierno, purgatorio y paraíso en la lucidez. Sabe a dónde va. Sin embargo, Juan Preciado es un engañado, como cualquier hombre que llega a este mundo. Comala es un infierno. La libertad no es posible si el hombre es conducido, desde que despierta al uso de la razón histórica, por el camino de la mentira. Cuando se le enseña, se le engaña con superestructuras, ideología, creencias

ortopédicas, falsías. Llega al mundo, a Comala, sin posibilidad de elección, ni de escapatoria. (¿Dónde está la libertad?)

Todos los habitantes de Comala son hijos de Pedro Páramo, del infortunio, el crimen y la desesperanza. Su destino ya está «marcado». El hombre para ser libre tendría que nacer sin herencia, sin familia, sin pasado. (¡Cuánto se mira en las familias altas la prosapia de la «buena» familia!) Los desheredados, los sintierra, no tienen un sitio en el mundo. Son los explotados, los marginados en el «ghetto», en la misera, en el infierno. No les dejarán ser hombres, sino seres sin redención, resentidos, frustrados, que ni esperan ya el día de su revolución. (Sueño cíclico de América.) El pecado contra el llamado Tercer Mundo, o universo de los pobres, es matar a sus hombres el alma, privándoles de posibilidades económicas, de cultura y libertad. Convertir la tierra, no en el paraíso esperado por Juan Preciado y todos los ingenuos pueblos jóvenes, sino en el infierno presente.

*Pedro Páramo* no es un discurso narrativo lineal, la voz omnipresente del autor o su protagonista, sino un coro de voces que explican sus diversas peripecias vitales, el susurro de las lamentaciones, la invención del diálogo, la narración como sueño verdadero, la «realización» de la idealidad. El mundo de los sueños aniquila al mundo de la verdad. Juan Rulfo ha bajado al idealismo de sus peanas, atreviéndose a levantar el velo de las imágenes santas, simbólicas, intocables. La cara de la verdad es un alma de tierra que se desmorona entre los dedos. No sólo se descompone el cuerpo entre las envolturas de la momia; también el alma se convierte en polvo y ceniza. Juan Rulfo ha profanado el vivir de los muertos, el sueño de los vivos. El cementerio es un jardín, una ciudad aristocrática de mausoleos de mármol, paseos, cipreses y rosales. Los hombres, que no saben crear un paraíso en la acrópolis, lo inventan en sus necrópolis blancas, donde, al fin, la estética del artista sirve para algo. Pero el cementerio es un lugar separado de los vivos, que un solo día al año se convierte en romería, fuego de las flores, recordatorio lacrimoso, comercio y olvido. Rulfo ha demostrado en su novela que mundo y cementerio coinciden; las calles son los caminos; palacios y edificios, los mausoleos y los nichos.

Juan Rulfo ha llegado al final de la escritura. Después de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* su aniversario narrativo parece completo y cerrado. Dante salió del infierno para escribir del paraíso. Pero Rulfo —o Pedro Páramo— buscaba en su ideal de ingenuo el cielo posible cuando vino a caer en el infierno, donde se llega y no se sale. En Dante había una conciencia de mundos contrarios, una dialéctica entre el bien y el mal, polarizados en el infierno y el paraíso, con un espacio intermedio de sufrimiento y esperanza, el purgatorio. En Rulfo, los mundos contiguos se reúnen en la ambigüedad de la muerte/vida, en la irrealidad de lo fantástico como sustancia de lo real. Es como si el cielo, el aire, la alegría, cambiasen su posición por la tierra, el barro reseco, el sufrimiento. En este trastoque de mundos, en la destrucción de la idealidad y su absorción por lo real, destaca la originalidad de Rulfo. Así pues, más que de «realismo fantástico», definición y tópico de la novelística hispanoamericana, cabría hablar de fantasía realista. Si García Márquez magífica —magnífica— la realidad hasta la incredibilidad del cuento, Rulfo descodifica lo sobrenatural y lo dispone en niveles creíbles de realidad. El infierno de Dante aparece magnificado,

simbólico, increíble. Lo terrible del infierno de Rulfo es que resulta convincente y real. Dante no logra convencernos con sus descripciones de poeta omnisciente, profético y terrible. Su infierno pertenece a una cultura medieval, teocéntrica, pero ya a las puertas de la Edad Moderna, donde el bien y el mal libraban una batalla definitiva. El infierno de Rulfo pertenece a nuestra cultura.

El hombre, desde que tuvo uso de razón práctica y egoísta, se apartó del paraíso. Pensar es no obedecer, porque la obediencia es sumisión. Pensar es padecer. Nadie sabe exactamente cuándo el homínido dio el salto cualitativo, y de ser un animal de obediencia, de rebaño, se transformó en un animal de rebelión, que ya no se acomodaba a la cadena repetitiva del instinto. Su historia es un largo caminar de espaldas al paraíso o la felicidad originaria, un ir hacia el infierno de Dante, de Rimbaud o Isidore Ducasse, de Rulfo.

Razonar es establecer una dialéctica entre el bien y el mal. La batalla la ganó el mal, que es quien hace progresar al mundo. Sus orígenes están en el Renacimiento, en la crisis de conciencia que desembocó en el protestantismo. La Ilustración, la revolución industrial, el cientifismo, la sociedad de consumición (consumación), la era tecnológica robotizada, son pasos sucesivos de la cadena e intento de convertir el infierno en cielo. Cuando el hombre viene al mundo —cuando Juan Preciado llega a Comala— se le enseña la teoría del paraíso, se le engaña con fantasías y esperanzas vanas. Cuando tiene uso de razón —se pregunta por su historia y la de los demás, por Comala— descubre el infierno-paraíso, la ambigüedad de las leyes y las enseñanzas, la mentira de un mundo que se viene abajo. Inicia el penoso camino del desencanto al desengaño, desde la desilusión adolescente al cinismo desesperado.

Rulfo, al concluir el universo cerrado de su novela, acabó con su carrera de escritor. (El poeta crea pero no se contradice como el crítico.) Rulfo si escribiera una novela del paraíso <sup>8</sup> para los optimistas, tendría que describirse, quemar Comala, lo que parece imposible, pues los edificios de la imaginación no se queman aunque ardan. Desandar el camino, volver al punto inicial de la ingenuidad, parece difícil ya desde la orilla del sentido común, la racionalidad práctica. ¿Cuántas insinuaciones de amigos no habrá tenido Rulfo para que escriba? ¿Cuántas ofertas sustanciosas de los editores? Pero ya dije que en Rulfo no hay paraíso posible. Comala es un mundo a solas <sup>9</sup>, y *Pedro Páramo* una novela esencial, sin continuidad.

Hay autores que quisieran escapar de su escritura. No escribir, no publicar. Huir del abismo, esa pasión de destrucción y creación que es la escritura total de Rimbaud, Kafka, Pavese. También de Rulfo. Donde nada había, elevan un universo maldito y fascinante, una imagen real de un mundo imaginario que se desvanece para explicar su obra oscura y atormentada. Aquellos que en la vida real viven en el infierno, escapan de él, el real, si existe, pues sólo será una imagen de sus sueños. Creándolo, se han librado de él. Y la muerte, esa musa con cara de momia, no podrá asustarlos.

---

<sup>8</sup> Ha sido otro escritor hispanoamericano, José Lezama Lima, quien ha escrito *Paradiso*, 1966, novela complementaria de *Pedro Páramo* en la visión del mundo, desde la perspectiva ingenua de la niñez y adolescencia.

<sup>9</sup> Sobre el tema de la soledad véase: VIOLETA PERALTA: *Juan Rulfo. La soledad creadora*. Buenos Aires, 1975.